

VI CERTAMEN LITERARIO IES LOS ALCORES (2007)

OBRAS PREMIADAS

1	Mirada perdida en la inmensidad de un sueño	El Kouría Badbad Hafed	NARRATIVA	1º,2º,3º ESO	2º PREMIO
2	El sueño después del sueño	Noelia Péres Lobo	NARRATIVA	4º,1º,2º BACH	2º PREMIO
3	La rosa de los vientos	Laura Morán Iglesias	NARRATIVA	4º,1º,2º BACH	ACCÉSIT

MIRADA PERDIDA EN LA INMENSIDAD DE UN SUEÑO

Era una tarde de verano, en un pueblecito de Senegal, donde yo estaba jugando a un partido de fútbol con mis amigos. Estaba ya anocheciendo y decidí irme a casa, donde me esperaban mis padres y mi hermana mayor. Cuando llegué a la cabaña donde vivíamos, vi a mi padre sentado delante de una hoguera de fuego, estaba pensativo, me acerqué a él y le pregunté:

-¿Y mamá? , ¿Dónde está?

Él giró la mira hacia mí y vi sus ojos llorosos, yo empecé a preocuparme.

- ¿Te ocurre algo papá?- Le pregunté preocupado.

- Si, hijo, tú sabías que tu madre estaba muy enferma y que tenía una enfermedad incurable.

- ¿Pero por que no la llevamos al medico? - Dije yo sentándome a su lado.

-Porque el médico está muy lejos de aquí y además es demasiado tarde, tu madre acaba de morir.

Cuando me dijo eso mi padre, sentía que el mundo se derrumbaba en cima mía. Es muy duro perder una madre con tan solo trece años. Mi hermana Fatu también lo pasó mal. Al paso del tiempo esa herida se fue curando.

Yo me había hecho adolescente, tenía diecisiete años y hermana Fatu tenía la edad de casarse. Y nuestro padre quería reunirnos días antes de la boda.

Un día nos llamó:

- ¡Shalek, Fatu, venid que quiero hablar con vosotros!

Fui yo solo, porque Fatu estaba enfada con mi padre. Él me dijo:

- Shalek hijo, ¿tú crees que casar a Fatu es lo mejor?

-Papá, ¡claro que si! , porque así tiene una familia y una casa.

Mi padre me respondió:

-¿Pero es que no la veo feliz?

Y yo le dije:

-No te preocupes papá, ya verás que con el tiempo terminará queriendo a su marido- Le dije a mi padre para que no se preocupara más.

Después fui hablar con mi hermana Fatu, y le dije:

-¿Fatu tu quieres a tu futuro esposo?

Ella me respondió enfadada:

-¿Para que me haces esa pregunta tan absurda? Si te digo la verdad, no me vas hacer caso.

Y yo le insistí:

- Venga, dime si o no.

Ella me contestó:

- No, no me gusta ese hombre, es diez años mayor que yo y por mucho dinero que tenga no me voy a casar con él.

Shalek quiero decirte que lo mío ya no tiene remedio, sé que me tengo que casar con un hombre al cual no amo. Pero prométeme que cuando te vayas a casar, le preguntarás a tu futura mujer que si de verdad te ama.

- Yo lo haré, tranquila -Le contesté decidido.

Al cabo de unos de unos años Fatu comenzó a tener hijos y yo sobrinos.

Mi padre falleció sin conocer a sus nietos, ha sido otro golpe muy duro para nosotros.

Pero llegaba mi día, me iba a casar con la mujer de mis sueños, había conocido una muchacha muy bella, me enamoré de ella y con el paso de tiempo decidí casarme con ella; aunque no cumplí la promesa que le hice a mi hermana Fatu.

Empecé a trabajar para ahorrar y comprarme una casita.

Al cabo de unos días nos casamos. Tuvimos una fiesta en la que asistieron muchos amigos, entre ellos mi gran amigo Hmed.

- ¡Cuanto tiempo sin verte Hmed! - Le dije yo mientras le daba un abrazo.

-Shalek, tengo un regalo para ti que te va a gustar mucho. Me respondió Hmed.

- ¿Qué es? -Le pregunté ansioso.

- No te lo puedo dar ahora-Dijo Hmed.

Entonces yo le contesté:

- Bueno, pues quédate a dormir y me lo das mañana, que habrá menos gente.

Al siguiente día me desperté y estaba Hmed haciendo el té.

-Buenos días dormilón. - Dijo él.

Y yo le contesté:

-Buenos días Hmed.

-Oye ¿Y Fátima?-Le pregunte yo mientras me despertaba.

Hmed me contestó:

-Tu mujer me dijo que se iba a comprar carne para comer.

Dejó de hacer el té, fue a su mochila y sacó un sobre.

-Toma, este es el regalo. ¡Ábrelo!-Me dijo Hmed.

Lo abrí y era un pasaporte, no me lo podía creer.

Él continuaba hablándome:

-Shalek, ¿Sabes que con eso puedes pasar la frontera?

Y yo le contesté:

- Si, ya lo sé pero yo no puedo irme ahora recién casado.

-Tranquilo Shalek nos iremos dentro de dos meses.-Respondió él.

-Bueno ya volveré a por ti- Me dijo Hmed mientras se despedía.

Cuando Fátima volvió de la compra se lo conté.

-¿Pero entonces cuando te vas? -Me preguntó ella.

-¿Te parece bien que me vaya? – Le pregunté yo, sorprendido.

-Claro que si, así después me arreglas los papeles a mi- Me dijo ella muy contenta.

Yo y Fátima estábamos deseando que llegara ese día. Pero algo no iba bien. Dos días antes de irme Fátima se puso enferma y su estado me preocupaba mucho.

La llevé al médico, aunque tardé siete horas en ir y otras siete horas en volver. El doctor me dijo que Fátima estaba embarazada de un mes.

Me quedé en blanco, ya no sabía que hacer, pero Fátima si que estaba decidida.

-Shalek, por favor, tienes que ir en busca de algo mejor, ahora más que nunca necesito que te vayas, por mi no te preocupes, sé cuidarme. Prométeme, que pase lo que pase, cuando llegues allí me vas a arreglar los papeles a mí y a nuestro futuro hijo.-Me dijo ella.

-No te preocupes Fátima, te lo prometo -Le dije yo para tranquilizarla.

Partí hacia mi destino con mis amigos, éramos más de treinta hombres, íbamos en un camión conducido por mi gran amigo Hmed.

Estuvimos más de ocho horas seguidas en el camión sin descansar.

Los hombres se les veían cansados, el camión empezó a quedarse sin gasolina en medio del desierto del Dakar, entre la frontera de Senegal y Mauritania.

A Hmed se le agotaba la paciencia.

-¿Y ahora que hacemos? -Dijo disgustado.

-Pues como esta anocheciendo es mejor descansar y mañana ya veremos- Dijo uno de los chicos.

-Yo tengo una idea mejor, nos quedan pocos kilómetros para llegar a la frontera, si la pasamos por la noche no nos verán y es más fácil, no tendremos que dar explicaciones de nada.- Afirmó otro de los hombres.

Todos nos pusimos en marcha, nos guiábamos por las estrellas. Estuvimos varias horas andando, estábamos agotados y muertos de hambre.

-¡Por fin! , ¡Chicos hemos llegado! , ¡Guardar silencio!- Dijo Hmed.

A lo lejos se veían dos hombres policías con pistolas y dos coches.

Estuvimos esperando, hasta que se metieron en el coche y se echaron una cabezada, esa cabezada fue nuestra salvación.

Era ya de madrugada, nos alejamos unos kilómetros más. Decidimos quedarnos en un desierto a dormir.

A la madrugada siguiente Hmed explicaba los planes:

-Cuando lleguemos a la otra frontera haremos el mismo proceso. De nuevo nos pusimos en

marcha, los hombres estaban agotados incluso yo también.

Nos quedaba poca agua y pocos alimentos. Tardamos cinco días en llegar a la frontera, no descansamos nada, nos quedamos sin agua.

-¡Ya no puedo más!- Decía uno de los chicos.

- ¡Venga hombre que ya queda poco! Le decía Hmed para animarlo.

Nuestra salvación fue el encuentro con una familia nómada, que nos dió leche de camella y de cabra.

-Nos ha venido bien este descanso, pero tendremos que partir de nuevo- Dijo Hmed.

Todos nos pusimos en marcha. El segundo día fue muy duro para todos. Todos estábamos agotados, muertos de sed y muertos de hambre.

Ese día el sol picaba más que nunca. Todos estábamos desmejorados unos más que otros.

-¡Ya no puedo más, siento que me muero! -Dijo uno de los chicos.

El hombre estaba enfermo y no pudo soportar el sol ni el calor, al final sus sueños se quedaron por desgracia en el medio del desierto. Después de esa pérdida a los hombres le entró miedo en el cuerpo, tenían miedo a perder la vida. Poco a poco los hombres fueron perdiendo la esperanza, ya no creían en sus sueños ni en sus deseos. Solo veían un desierto y el desierto puede ser a veces el enemigo del hombre.

-Tenemos hambre y estamos cansados ¿Por qué no paramos un rato? –Afirmó y preguntó uno de los chicos.

- Si nos paramos aquí, no llegaremos por la noche a la frontera entre Mauritania y el Sahara.- Dijo Hmed.

Nos pilló una tormenta de arena, era insoportable, no podíamos abrir los ojos. Después de esa tormenta de arena comprendí lo duro que sería la vida de los Tuareg.

Por fin se hizo de noche, ya no hacía sol pero el problema era que hacía mucho frío.

Seguimos adelante con la esperanza de cruzar la frontera sin problemas, pero a mí aquella esperanza se me iba quitando.

-¡Por fin!- Dijo Hmed suspirando.

Habíamos llegado al Sahara Occidental, la última puerta hacia la libertad. Pasamos la frontera a las tres y media de la madrugada, los policías no se dieron cuenta.

Andamos unos kilómetros más y llegó la hora de descansar. Nos acostamos cerca de un oasis. Era una noche de cielo despejado, alce la vista hacia las estrellas y hacia la luna llena. Miré a la luna y en mis pensamientos me pregunté:

-¿Qué será de Fátima? ¿Qué será de nuestro futuro hijo?

Muchas preguntas sin respuestas.

A la mañana siguiente nos despertamos, no pudimos desayunar por que no nos daba tiempo.

A Hmed le esperaba un camión en Smara, fuimos a por el camión y partimos hacia El Aaiún, allí nos esperaba un cayuco.

-¡Estamos salvados!- Dijo uno de los hombres.

-No te creas, nos falta mucho y tenemos que poner de nuevo nuestra vida en peligro.- Dijo Hmed mientras conducía.

Llegamos a El Aaiún y teníamos que recoger comida y agua para el viaje que nos espera. Entre todos preparamos el cayuco para partir.

Partimos de noche, todos estábamos nerviosos, en cualquier momento nos podía pillar la policía.

Estuvo Hmed de guardián, cuando avanzamos unos kilómetros más, él nos aviso de que ya no habría peligro.

La primera noche por fin pudimos descansar y pegar ojo, todos estábamos más tranquilos.

-¡Despierta dormilón! -Me decía Hmed como de costumbre.

Cuando desperté vi a los hombres agrupados en el borde del cayuco. Fui a ver lo que estaban viendo.

-¡Es lo más precioso que he visto en mi vida!- Dije yo asombrado.

-Si esto es lo más sorprendente que has visto en tu vida, espera a que llegemos a nuestro destino, que te vas a sorprender mucho más.- Me dijo Hmed.

Mientras yo no podía quitar la vista a aquel mar inmenso y cristalino que parecía no tener fin.

El cansancio ya no se notaba tanto en los hombres, pero si que se notaba en Hmed, que parecía tener mala cara.

-¿Te ocurre algo Hmed? -Le pregunté preocupado.

-No me ocurre nada, es que estoy cansado. -Me respondió Hmed.

La salud de Hmed me preocupaba cada día mas, estaba muy débil y no comía nada.

Esa noche no pude descansar, alce la vista hacia las estrellas y me recreé en mis pensamientos: "Cuando tenga mi hijo le voy a enseñar el nombre de esa, de esta, de aquella estrella...Todas las estrellas del cielo"

Espero poder contarle esta aventura que estoy viviendo y la cantidad de sentimientos y pensamientos que tiene uno cuando está solo con su soledad.

Te sientes solo y tu único ánimo es el pensar en tus seres más queridos, que han quedado atrás, pero que siguen en tu mente y en tu corazón.

La verdad es que he aprendido mucho durante esta aventura que acaba de comenzar y que estoy ansioso de acabar.

Al siguiente día fui yo el que tuvo que despertar a Hmed y cuando eso sucede es que la cosa no va bien. Me preocupaba su salud, estaba más de tres días sin comer.

Los hombres empezaron a sentir mareos y Hmed cada día se ponía peor. Después de tres días en alta mar Hmed ya no pudo soportar el trayecto y falleció, también le ocurrió lo mismo a uno de los chicos que viajaba con nosotros.

Fue muy duro para mí la pérdida de Hmed, era mi único pilar y era un hombre estupendo, pero desgraciadamente sus sueños se quedaron en medio del mar.

Conforme pasaban los días los chicos y yo nos sentíamos solos y asustados.

Un día decidimos tirar los cadáveres por que empezaban a molestar, no tuvimos otro remedio que tirarlos. Faltaba poco para nuestra llegada, estábamos nerviosos.

Encima de nosotros vimos un helicóptero, era de la policía costera española, no había de qué temer. Poco a poco nos acercábamos a las islas. De repente vimos un barco con voluntarios que venía hacia nosotros.

Todos los hombres se agruparon al borde del barco para saltar al otro lado. Me tocaba el turno, tenía las manos temblorosas y mi corazón latía a más de ciento setenta pulsaciones.

-¡Cógeme la mano y salta aquí! -Me decía una chica.

No se le veía bien el rostro, debido a que llevaba una mascarilla, pero se le veía un rostro muy bello.

Nos llevaron a un centro de inmigrantes, donde íbamos a residir durante unos cuantos días. La chica no se separaba de mí ni un instante.

-¿Cómo te llamas? -Me preguntó la chica.

Mientras se quitaba la mascarilla y efectivamente tenía un rostro muy bello. Le dije:

-Yo me llamo Shalek.

-Bien Shalek, cada vez que quieras algo me llamas -Me dijo ella.

-¿Quieres llamar a tu gente? -Me preguntó ella dándome un móvil.

-¡Si, claro que si!- Le respondí.

Llamé a Fátima y le conté todo lo sucedido con Hmed. Estuve un rato hablando con ella hasta que entró la chica de nuevo.

-¿Es verdad que habéis tirado dos cadáveres en el mar? -Me preguntó ella.

Yo no sabía que responder.

-¿Cómo te llamas?- Le pregunté yo para poder dirigirme a la chica.

-Me llamo Marta.- Me contestó ella.

-Bien Marta, si hemos tirado dos cadáveres en el mar. Se habían muerto por hipotermia.

Al paso de tres días la policía los encontró y los repatrió hacia Senegal.

Mis amigos me decían que Marta era una oportunidad para mí, que me podía aprovechar de ella para que me arreglara los papeles. Poco a poco se iban los chicos a su tierra y yo no me iba, un día le pregunté a Marta:

-¿Por qué se van todos y yo no?

-Se van porque no tienen papeles.- Me respondió ella.

Y yo me quedé pensando, yo tampoco tengo papeles.

-Shalek, mi padre es abogado y si tu quieres puede arreglarte los papeles. -Me ofreció Marta.

-¡De verdad!- Dije yo sorprendido.

-Si, mañana mismo voy hablar con él. -Me contestó Marta.

Efectivamente Marta fue hablar con su padre:

-! Hola papá ¡necesito que me hagas un favor.

-Hija tu dirás.-Contestó su padre.

-Necesito que arregles los papales a un inmigrante que acaba de llagar. -Le dijo Marta a su padre.

-¡Me niego hacerle los papeles a uno de esos negros que viene a quitarnos lo que es nuestro!-Él le contestó.

-¡Papá! ¿Cómo puedes pensar así? -Le dijo Marta a su padre.

-Pero si es la verdad y además no se porque sigues en ese trabajo que te pagan cuatro duros. Le contestó su padre.

-¡A mi no me importa el dinero, yo no soy avariciosa como tú! ¡Y hago ese trabajo porque esos seres, que su único pecado es nacer pobre, necesitan mi ayuda!

-¡Pero hija! ¿Te enfadas conmigo por un negro de esos? – Le dijo su padre en tono burlón.

-¡Papá como sigas con esa actitud, no te dirijo mas la palabra! – Le dijo ella muy enfadada.

Cuando Marta volvió al centro de inmigrantes, me lo contó todo, es increíble la confianza que me cogió.

Pasaron los meses y Marta me llevó a vivir con ella en su piso. Al paso del tiempo me di cuenta como era la vida en España, era una vida muy cómoda y a diferencia de cualquier país subdesarrollado, era una vida repleta de lujo.

Shalek poca a poco se iba acostumbrando a la vida rica, ya no pensaba tanto en Fátima, solo pensaba en Marta y el dinero y se le olvidó lo que era ser pobre.

Al final el padre de Marta le arregló los papales a Shalek.

Meses después nació la hija de Shalek, pero él no sabía nada. Su hermana Fatu le escribió un a carta contándole que Fátima falleció al dar a luz a Sukiena, que es así como se llamaba su hija.

Shalek no podía más con ese secreto y decidió contárselo a Marta.

Marta lo quería tanto que le perdonó todas sus mentiras.

Después de cinco años Marta y Shalek tuvieron una hija. Marta un día le preguntó a Shalek:

-¿Te vas atraer a tu hija?

-Es que es mujer y las mujeres poco pueden hacer. -Le dije yo.

-Me duele que digas eso, aquí las mujeres pueden trabajar y estudiar. Shalek, tu hija te necesita, no le quites el derecho de ser una mujer feliz.-Me dijo Marta.

Shalek, gracias a Marta, se fue dando cuenta de la realidad, de que el machismo y el ser avaricioso, no sirven para nada.

El abuelo Juan, el padre de Marta, no muy conforme de que iba a tener una nieta de otra raza le hizo los papeles a la hija de Shalek .

La niña lo primero que hizo al llegar a España fui abrazar a Marta diciéndole:

-¡Hola mamá!

A Marta le gustó tanto esa palabra, que se le caían las lágrimas sin poder controlarlas.

Las niñas se querían mucho como hermanas y no les importaba el color de la piel ni la forma de ser. Desde luego la suerte que tuvo Shalek no la tuvo ningún otro hombre. Era una pena que los sueños de Hmed se quedaran en el medio del mar.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

EL SUEÑO DESPUÉS DEL SUEÑO

El otro día en el autobús tuve un altercado, bueno, una sucesión de hechos digamos un tanto extraños para mí.

Ya en la parada, yo sentado al lado de una rubia de 1'80, ojos verdes, minifalda, muñequera (me pregunté si estaba depilada y qué sorpresa para mis ojos, no lo estaba, aunque las piernas sí). Me sentí como una marioneta. Y yo que tengo más cara que aquél, me lanzo en picado con el más típico de mis ataques:

-Estudias o trabajas, le digo.

-Sí, me responde.

-Sí qué, le digo yo con cara de tonto.

-Sí, estudio.

-¿Y qué?

-Navales me dice la nota.

Mi cara tornó azul. Estaba respondiendo a mi terapia, porque normalmente la respuesta tipo de las mujeres, después del sí, es: si no me dejas en paz te presento a mi novio culturista. Así que pensé que la cosa iba bien. La respuesta ¡Navales! hizo que mi mente recorriera mi casa, dormitorio, ducha, encimera... todo esto en una milésima de segundo.

Cuando despierto le digo:

-¡Oh qué interesante! Es una de las carreras más difíciles ¿no? Serás muy inteligente. -No te creas, se me da bien estudiar.

Después de esa respuesta, ¡la quería! Me la imaginaba viviendo en una casa en el campo con cinco niños correteando por el jardín, y yo viendo la tele con una cerveza en la mano.

De repente se me aparece una señora y me dice:

-¿Me puedo sentar?

-Sí, cómo no -digo yo, pensando que estaría más apretujado a esa belleza, que va me había dado su teléfono y quería conocer mi casa.

Bueno, sigamos con la bonachona anciana. Pues la desgraciada quería sentarse en medio de los dos. Le expliqué que estábamos hablando pero no se enteró, y se sentó en el centro. Fue mi caída, como la del imperio romano.

La señora comenzó a relatar la historia de un joven que la sedujo en una parada de autobús, y a los tres días la abandonó con una nota que ponía: jamás recordaré cómo te engañé, con la firma de Casanovo.

Leti, que así se llamaba la rubia, comenzó a cambiar la candidez de su cara por desconfianza. Me percaté y le dije a la señora que siempre hay personas desalmadas. Este comentario debió de molestarle bastante porque se volvió hacia mí y me contestó:

-Tú me recuerdas a él.

-No señora, está muy equivocada.

-Ni señora ni leches, todos vais a lo que vais.

-Señora le voy a decir dos verdades que debería conocer. Está usted senil y es una amargada.

-¿Has visto hija, ninguno tiene respeto, a la primera de cambio me insultan.

-Tiene razón señora. ¡Tú, mi teléfono! ¡Dámelo ya!

Yo muy dolido, le devolví su teléfono. Ella, muy cabreada, bajó de aquél bus sin despedirse.

A los pocos minutos de bajar, llegó mi parada. Bajé de aquel aparato gigantesco y solitario, y llegué a mi piso. No podía parar de pensar en aquella chica que conocí. Anhelaba volver a verla, poder hablar con ella... Sentía que me estaba empezando a enamorar. Pero... ¿Cómo? Sólo la vi aquel día. Sin duda, fue amor a primera vista.

Llego la noche, y me fui a dormir, con intención de poder volver a verla, aunque sólo fuera en sueños. Cuando conseguí dormirme, de repente, el ruido del timbre me despertó. Me levanté, cansado y desganado, a comprobar quien era. Abrí la puerta, y era una jovencita de aspecto descuidado y vestía con ropajes un tanto andrajosos, pero en el fondo parecía buena chica. En su mirada se veía bondad, dulzura e inseguridad.

-¿Puedo pasar, por favor?- dijo ella.

-No tengo otro sitio donde ir.

- Claro -dije yo, con amabilidad.

-No tengo techo donde dormir, ¿podría quedarme aquí, sólo por esta noche? -preguntó la recién llegada.

Pensé unas milésimas de segundo... Y dije:

-Si. Claro. No hay ningún problema. -No pude negarme. Me inspiraba confianza.

Le ofrecí mi cama para que descansara lo más cómodamente posible.

Dejé mi cuerpo caer sobre el sofá, y allí dormí esa noche. Al despertar al día siguiente, fui a comprobar como se encontraba aquella muchacha que acogí por la noche. Mis ojos se abrieron como platos al ver que no había ninguna muchacha mal arreglada, ni nada por el estilo. Me encontré con aquella chica que conocí en el autobús.

-¡No puede ser! -me dije. La guapísima rubia se levantó y me dijo:

-¿Es cierto?

-¿Qué? -pregunté yo.

-¿Te has enamorado de mí? -dijo ella.

-Creo que sí -respondí yo.

-Si descubrieras que hay algo raro en mí, ¿seguirías pensando lo mismo? -preguntó la chica

-No lo sé. Todo depende de... Bueno, prueba -le respondí con temor.

-Aquella muchacha sucia y andrajosa que acogiste sin temor, y le ofreciste tu cama para

descansar era... era yo –dijo aquella chica.

-Es imposible –dije sorprendido.

-Todo es posible. Bueno... ¿Sigues creyendo que estás enamorado de una chica cuya apariencia nocturna es espantosa? -preguntó ella.

No se como ni por qué, mi respuesta fue:

-No me importa si tienes una pierna más larga que otra o si se te cae el pelo.... Me he dado cuenta de que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Los dos nos quedamos de piedra. De repente se me ocurrió preguntar:

-¿Cómo sabías mi dirección?

-Aquella señora del bus, me la dio -respondió Leti.

-¿Y cómo averiguó ella dónde me alojaba? ¿Y porqué te la dio? -volví a preguntar sorprendido.

-Me dijo, que si era verdad lo que decías que lo averiguara, porque hombres así hay pocos. Y no tengo ni idea. Lo único que se me ocurre y que parece una locura, es pensar que era mi ángel de la guarda -respondió ella.

-Después de todo no era tan amargada, senil ¿no?

Al final, todo lo que me imaginaba en aquel autobús con Leti, se hizo realidad. Bueno... casi todo... Tuvimos nuestros niños, correteando por el jardín de una casa en el campo, pero yo no perdía el tiempo viendo la tele y bebiendo cerveza, sino que me pasaba todo el tiempo con mi mujer y mis hijos.

Os aconsejo que os aseguréis de con quién vais a pasar el resto de vuestra vida, todos nos podemos equivocar... La vida no es un cuento de hadas, pero está en nuestras manos, el conseguir que sea lo más parecido.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiete](#)

LA ROSA DE LOS VIENTOS

Eduerne podía oír los latidos de su corazón. Rememoraba los instantes pasados: primero la agitación, después la expectación y el brusco final. El lento comienzo, la subida hasta lo más alto y la caída en picado; era como volar hasta el cielo y dejarse caer, pero sin tocar nunca el suelo. Y tenía que admitir que le había gustado, para ser su primera vez.

-¡Me encanta la montaña rusa! –exclamó la joven entusiasmada. Nunca se había atrevido a subir y ahora no podía dejarlo.

-Venga, Eduerne, déjalo ya. Hemos montado tres veces seguidas, hasta los chicos están mareados –comentó su amiga Lucía, señalando a cuatro chicos que estaban sentados en unos bancos, con cara de susto.

-Si me haces subir otra vez, te juro que te tiro, hermanita –amenazó uno de ellos, poniéndose en pie.

-No seas exagerado, Jon. Lo que pasa es que sois unos blandengues –picó Eduerne, sacándoles la lengua.

-¿Habéis oído? ¡Nos ha llamado blandengues! –exclamó airado Jon, lanzándoles una mirada cómplice a sus amigos.- ¡A por ella! –gritaron los cuatro al unísono, levantándose de golpe.

-¡Corre, Eduerne! –avisó Lucía. La muchacha echó a correr, perseguida por sus amigos, que no tardaron mucho en darle alcance.

Cuando la tuvieron bien agarrada, uno de los jóvenes, haciendo de cabecilla, se puso delante de ella y se dispuso a planear qué le harían a su *víctima*.

-Bien, chicos, ¿cuál puede ser su castigo? –inquirió.

-No, por favor, chicos, dejadme en paz... -al ver que no la soltaban, siguió insistiendo.- David, sabes que no lo decía en serio. David... -se dirigió al cabecilla.

Sin embargo este desoyó sus súplicas y, sonriendo, susurró:

-Cosquillas.

Y todos empezaron a hacer cosquillas a Eduerne, que sólo podía retorcerse intentando escapar.

-¡No, parad por favor! ¡Basta, basta!

-No hasta que retires lo que has dicho –le impuso David.

-¡Lo retiro, lo retiro! –se rindió Eduerne, siendo soltada al instante por sus amigos. Detrás de ellos estaba Lucía, riendo ante la escena.- Sois malos, sabéis que odio las cosquillas –jadeó.

-Por eso nos gusta tanto hacértelas, sino no tendría gracia, ¿no crees? –se burló uno.

-Tú te callas, *Negro* –bromeó Eduerne.

-Y a mucha honra –se enorgulleció Ian, el único muchacho de color del grupo.

-Bueno, una charla muy amena, pero es hora de irse –cortó Sergio, el más mayor.- Entre la montaña rusa y la discusión, se nos ha pasado la hora y están a punto de cerrar. Así que, ¡andando!

Todos se pusieron en marcha. Habían ido a pasar el día al parque de atracciones para celebrar el cumpleaños de Edurne; aunque, los que no la conocían, nunca adivinarían su edad: Edurne era una muchacha muy alegre que, por estar todo el día riendo, aparentaba menos de los que tenía.

Todos juntos formaban un grupo muy variopinto: Jon, el hermano de Edurne, y Sergio, estaban ya en la universidad; mientras que David, Ian, Edurne y Lucía acababan de terminar el bachiller ese año, sacando la selectividad con buena nota. A pesar de ser un año mayor, Jon y Sergio siempre habían ido con David y las chicas; Ian se había unido al grupo hacía un año, cuando se mudó de Cabo Verde. En seguida se adaptó a la forma de ser tan peculiar que tenían los jóvenes, y hasta les permitía bromear con el hecho de que fuera negro.

-Soy superior a vosotros, los *descoloridos* –solía contraatacar.

Días después del cumpleaños, Edurne recibió una carta que cambiaría sus vacaciones de verano por completo.

-¡Sí! ¡Por fin ha llegado! –exclamó esa mañana, cuando, al ir a recoger el correo, leyó la suya. Fue saltando por toda la casa hasta llegar a la habitación de su hermano y, entrando como un vendaval, se echó de golpe sobre la cama de este, que aun dormía.- ¡Despierta! ¡Nos vamos! ¡Nos vamos!

-¿Qué dices, bicho? –gruñó Jon, tapándose la cabeza con la almohada.- Déjame dormir, anda.

-¡No! –gritó la joven, zarandeando a su hermano- ¡Que te levantes! ¡Nos vamos de vacaciones! –anunció, consiguiendo que por fin su hermano le prestara atención.

-¿Cómo que nos vamos? ¿A dónde? –preguntó, sentándose con rapidez. Edurne le tendió la carta para que la leyera él mismo.- ¿Nos vamos a Gerona?

-Sí, a la Selva del Mar, con la tía Carmen. Hace tiempo que quiere que vayamos, ¡y no le importa que llevemos a nuestros amigos! –explicó.

-¡Eso es genial!

-Voy a llamar ahora mismo a Lucía, ¡tiene que saberlo ya! –exclamó Edurne, echando a correr hacia el teléfono.-¿Lucía? Soy Edurne. Sí, ya se que es muy temprano. Deja de quejarte y escúchame. ¿Recuerdas a mis tíos de Gerona, *Pep* y Carmen? ¡Pues nos han invitado al albergue que regentan! ¡Haz las maletas, porque nos vamos dos semanas a Gerona!

-¡Bicho, cuelga que tenemos que hablar! –se oyó la voz de Jon por el pasillo.

-Te dejo. Sí, luego hablamos. ¡Hasta luego! –colgó la joven. Durante el desayuno trataron el asunto, y al final decidieron que irían los seis amigos juntos, si los padres de todos accedían.

Quince días después, todos se despedían de sus familias y cogían el tren que les llevaría hasta el albergue en La Selva del Mar, en el Alt Empordà.

El viaje lo pasaron charlando emocionados sobre lo que encontrarían. Puede que no fuera un gran destino, pero sería el primer viaje que harían los seis juntos y les hacía mucha ilusión. Incluso los mayores, que solían dárselas de adultos, estaban emocionados.

-Mírales, si parecen críos –comentó Edurne, viendo como sus amigos hacían el tonto por el vagón. Tenían suerte de que tuvieran uno para ellos solos.

-Son unos críos, ¿qué esperabas? –rió Lucía. Edurne la miró. Últimamente, su amiga parecía

distraída. Se pasaba el rato pensativa, y se había vuelto muy reservada.

-Lucía, ¿qué te pasa? –la pregunta tomó por sorpresa a Lucía, que dio un ligero respingo y desvió rápidamente la mirada hacia Eudurne. La muchacha se percató del gesto, e intentó averiguar a quien miraba tan fijamente. En esa dirección se encontraba su hermano; Lucía, sabiéndose descubierta, se apresuró a contestar.

-No me pasa nada –mintió.

-¿Sabes que puedes contármelo todo, verdad? –insistió Eudurne, que empezaba a sospechar qué era lo que le ocurría a su amiga.

-Lo se, sólo... dame tiempo –contestó, zanjando la conversación.

El resto del trayecto estuvieron planeando qué visitarían primero. Decidieron hacer caso a las propuestas de Sergio, ya que era él el que más entendía de monumentos; no por nada estaba estudiando Arte. Quizá por eso era él el más ansioso de los seis, sabía que era una ocasión magnífica para visitar un lugar con un patrimonio artístico tan grande como era Gerona.

Cuando por fin llegaron a la estación se sentían cansados y perdidos, pues no conocían la ciudad. Tras preguntar a varias personas, consiguieron coger un autobús que los llevó hasta el lugar en el que se hospedaban. El albergue se encontraba en *El Port de la Selva*, un pequeño pueblo pesquero en el que el turismo estaba cobrando una gran relevancia debido a que, dentro de su término municipal, se encontraba una de las cumbres del románico catalán, el Monasterio de *Sant Pere de Rodes*.

-Bueno, chicos, hemos llegado –dijo Eudurne, admirando la fachada del albergue. A pesar de pertenecer a sus tíos, nunca había estado. Se trataba de una gran casa de piedra ubicada en las afueras del pueblo.

-Es preciosa –murmuró Lucía; todos asintieron ante esa afirmación y, sonriendo, entraron en la posada.

-*Bona nit. En qué puc ajudar-los?* –preguntó una señora, saliendo a recibirles. La mujer, de rostro afable, llevaba puesto un delantal lleno de harina.

-¿Tía Carmen? –exclamó Eudurne, corriendo a abrazar a la mujer.

-¡Eudurne! ¿Cómo estás? ¡Cómo has crecido, *xiqueta!* –sonrió la mujer, al recibir a su sobrina. Después, se acercó a Jon y le dijo: -¿No piensas saludar a tu *tieta?*

-Claro que sí, dame un beso –saludó Jon, abrazando a su tía.

-Tía, te presento a mis amigos: ellos son Sergio, David, Ian y Lucía.

-Es un placer. Bienvenidos al *Racó Rural*. Espero que os lo paséis bien. Si queréis podéis subir a dejar las maletas, mientras os prepararé la cena. Vuestras habitaciones son la 2, la 3 y la 4, en el primer piso a mano derecha –indicó, sacando las llaves de un cajón.

-Muchas gracias, doña Carmen –agradeció Sergio, sonriendo.

-Sólo Carmen, por favor –corrigió la mujer.

Dicho esto, los jóvenes se dirigieron a sus habitaciones, divididos en tres grupos. Tras dejar el equipaje se juntaron para ir a cenar. En el comedor les esperaban Carmen y su marido.

-*Bona nit!* –saludó el hombre.

-¡Tío *Pep!* –saludó Edurne, yendo hacia su tío.

-Hola, Edurne, Jon –les recibió él.

-Chicos, para cenar tenemos *fideos rossejats*. ¿Os gustan? –preguntó Carmen, empezando a servir la cena.

-Seguro que estos *xicots* no tienen problemas para comer –rió *Pep*.

-Ninguno –asintió Ian, riendo. La cena resultó muy amena, se trataba de un matrimonio muy agradable. Al parecer, sólo había una pareja más en el hotel, unos ingleses recién casados que sólo paraban para dormir, a si que comerían siempre solos. Estuvieron charlando hasta que el cansancio les venció y, tras agradecerles la comida, se fueron a dormir.

Al día siguiente se levantaron temprano, ya que querían aprovechar al máximo los días que tenían. El desayuno se servía a las nueve y, un rato antes de bajar, se reunieron todos en la habitación de las chicas.

-Edu, ¿aun no te has levantado? –preguntó Jon, cuando vio a su hermana echa un ovillo en la cama.

-Déjame, quiero quedarme un rato más –gruñó ella, sin sacar la cabeza de las mantas. Los demás rieron. Diez minutos antes de la hora, Edurne se levantó corriendo para que no la dejaran atrás.

-Siempre te pasa lo mismo, ¿por qué no te levantas antes? –le preguntó Lucía, cuando su amiga salió de la ducha.

-Es que me gusta dormir. ¿Los chicos ya han salido?

-Sí, han dicho que nos esperarían en el comedor.

-Bien. Entonces ya puedes hablar. ¿Qué os traéis mi hermano y tú? –disparó Edurne, sin rodeos.

-¿De qué hablas? –evadió Lucía.

-Sabes de lo que estoy hablando. ¿Hay algo entre mi hermano y tú? Sé que te gusta, puedes contármelo.

-Pues... no hay nada, en realidad –explicó la joven.- Últimamente se porta distinto conmigo, como si le gustara, pero no estoy segura...

Edurne no dijo nada más. Sabía como era su hermano, le encantaba coquetear, y no había mujer que se le resistiera. Sólo esperaba que no hiciera daño a Lucía; de eso ya se encargaría ella.

-Mira, aquí tenemos a las *noietas* más guapas de la posada –dijo *Pep*, cuando bajaron a desayunar.

-¿Qué es lo que vais a hacer hoy? –preguntó Carmen, poniendo una bandeja de bollos en la mesa.

-Teníamos pensado ir a ver el Monasterio –expuso Sergio, cogiendo uno.- ¡Están buenísimos!

-Gracias, los hago yo misma. Habéis hecho una buena elección, el monasterio es un lugar precioso –sonrió Carmen.- Allí fue donde *el meu Pep* me pidió en matrimonio. Es un lugar muy

romántico, sobre todo cuando anochece.

Las chicas sonrieron, emocionadas, mientras que los hombres ponían cara de circunstancias. Tranquilamente terminaron de desayunar y, después de ayudar a Carmen a recoger, se pusieron en marcha. Iban armados, como buenos turistas, con sendas mochilas cargadas de agua y bocadillos, además de las cámaras de fotos y la indispensable cámara de vídeo; esta última siempre en manos de David, que tenía la ilusión de llegar a ser director de cine y no perdía la oportunidad de grabar a sus amigos.

Habían decidido que partirían desde la Vall de Santa Creu, pero a medio camino las chicas ya estaban agotadas.

-No puedo más –jadeó Edurne, dejándose caer en el suelo.- ¿Se puede saber quién dijo de ir andando?

-¡Tú! –contestaron los demás. Edurne, haciendo oídos sordos, continuó con su queja.

-Jooooon, Jontxu, Joni... llévame aúpas –pidió, poniendo cara de buena. Sin embargo, su hermano la ignoró con maestría, dándole la mano a Lucía y adelantándose con ella y David.

-Ese es el amor que te tiene –se burló Ian, echando a andar él también.

-Anda, Sergio, tú no me dejarás aquí tirada, ¿no? –suplicó Edurne.- ¿Con quién vas a hablar de arte si yo no estoy?

Sergio rió, agachándose hasta quedar a la altura de la joven.

-Vamos –susurró, mirándola a los ojos y tendiéndole la mano. Ruborizada, Edurne la aceptó y juntos avanzaron hasta alcanzar al resto del grupo. Al llegar al monasterio, la vista les dejó sin aliento. Se trataba de una iglesia preciosa, con un campanario con influencias lombardas y una torre de defensa en la fachada de poniente.

Sin embargo, si lo que vieron al llegar les asombró, el interior les dejó sin palabras. La iglesia, tal y como explicó Sergio, era realmente curiosa: tenía 3 naves abovedadas en cañón y una cabecera peculiar, formada por un ábside semicircular y otros dos flanqueándolo, así como una girola sin absidiolos de carácter procesional y un pequeño crucero. Las naves laterales se separaban de la central por medio de arcos de medio punto y pilares cuadrados complementados por columnas yuxtapuestas; con un sistema de arcos tanto formeros como fajones, estos últimos de herradura, que se sostenían en dobles columnas superpuestas sobre grandes basamentos.

-Vaya, es impresionante. Mirad ese arco triunfal –susurró Sergio, señalando la entrada al presbiterio.- Es realmente singular, al igual que los capiteles: son de tradición mozárabe.

A pesar de que Edurne era la única que sabía de qué estaba hablando, a todos les pareció una iglesia realmente grandiosa. Transmitía, tanto por fuera como por dentro, todo el poderío y la omnipresencia de Dios, haciéndoles sentir sobrecogidos por su furia.

La iglesia estaba vacía, a si que nadie les impidió el paso cuando decidieron investigar los pasadizos que salían desde la cabecera y que llevaban a distintas dependencias. Algunos estaban derrumbados debido al paso del tiempo, pero otros aún eran transitables.

-Sí que están oscuros –comentó Edurne, tanteando las paredes.- Suerte que hemos traído linternas.

-¿Sabéis que este es uno de los edificios con más historia de Gerona? Se dice que, inicialmente, esto fue un templo griego dedicado a Afrodita Pyrene. Otros cuentan que fueron tres sacerdotes quienes, viéndose amenazados, enterraron aquí unas reliquias de San Pedro y huyeron por mar – explicó Sergio, recordando lo que había leído hacía poco sobre ese monasterio.- Un noble llamado Tassi y su hijo Hildesind engrandecieron el lugar hacia el s.XI, pero a partir del siglo XIV comenzó su decadencia y al final fue abandonado. Por eso hay partes de él que están en ruinas.

-¿Tú cual crees que sea la hipótesis más razonable? –preguntó Jon, mientras sacaban las linternas. Con ellas, al menos, veían por donde pisaban y pudieron evitar algunas piedras que habían caído.

-Creo que las tres son muy posibles. Sabemos que los griegos conquistaron esta zona por los restos que nos quedan de ellos en las Ampurias, y también la teoría de los sacerdotes es muy posible. Yo siempre había oído que fueron unos monjes los que lo construyeron, pero bien pudieron haberlo hecho sobre los restos de otro edificio. Este monasterio tiene influencias de innumerables estilos, lo que le hace único, y lleva a pensar que ligadas a este lugar se hallaron varias civilizaciones.

Tras esto, Sergio guardó silencio, pensativo. Siguieron caminando por los antiguos corredores, mientras que David lo filmaba todo. Había grabado todos los momentos desde que subieron al tren, y estaba consiguiendo unas tomas realmente buenas.

-¡Chicos, salud a la cámara! –exclamó, haciendo un primer plano de cada uno. Todos sus amigos rieron, acostumbrados a que David siempre les grabara. Sin darse cuenta, llegaron a una bifurcación.

-¿Y ahora qué camino cogemos? –preguntó Jon, mirando hacia ambos pasadizos. Ninguno sabía por dónde seguir. Entonces, David tropezó con una piedra. Por suerte, Ian lo cogió a tiempo y no llegó a caer.

-¿Estás bien? –preguntó, aún con él en brazos.

-S-Si –afirmó David, poniéndose de pie.- Menos mal que la cámara no se ha hecho nada; aunque luego tendré que cortar este trozo –comentó.

-¡David! Te podías haber abierto la cabeza, ¿y sólo te preocupas por la cámara? –exclamó Lucía. David sólo se encogió de hombros, repasando el contenido de la grabación.

-Sergio –llamó David, sin apartar la vista de la cámara.- ¿Es normal que en esta época las piedras de las paredes tengan grabados?

-¿Grabados? No. Suele haber relieves en algún muro, pero los sillares siempre son lisos – contestó el joven, extrañado.

-Entonces, ¿esto qué es? –preguntó David, señalando un punto en su cámara. Todos los demás se apiñaron para poder verlo. Lo que David señalaba era una zona de la pared que había grabado al caerse. Con el zoom, acercó la vista un poco más hacia el objeto y pudieron ver que, en efecto, se trataba de un pequeño grabado que se hallaba en una pared del pasillo de la derecha.

Corriendo, se acercaron a la zona y descubrieron que, en la parte inferior de uno de los sillares, había grabada una rosa de unos cuatro centímetros con una serie de flechas superpuestas y una estrella en la parte superior.

-¿Qué serán estas flechas? –murmuró Lucía, pasando una mano por el grabado.

-Es una rosa de los vientos –explicó Ian.- Es como los marineros llaman a las brújulas; ésta pequeña estrella de aquí debe de estar marcando el norte.

-Pero, ¿qué hace el dibujo de una brújula en un lugar como éste? –preguntó Jon, haciéndose eco del pensamiento de todos.

-Como ya he dicho, no es normal que los sillares vengan grabados. Podría ser una talla posterior a la construcción del templo, pero tiene que tener algún significado –contestó Sergio.

-Apunta al noreste, ¿hacia dónde es? –preguntó Edurne, que también estaba intrigada por el descubrimiento.

-Espera, yo tengo una brújula –informó Ian, buscándola en su mochila.- Si apunta al noreste eso esta... por ahí –indicó Ian, señalando el corredor de la derecha.

-Chicos... ¿y si averiguamos por qué grabaron aquí una brújula? –propuso Edurne, sonriente.- Igual encontramos algún tesoro escondido, como el que enterraron los tres sacerdotes.

Todos asintieron, emocionados ante la idea de descubrir alguna reliquia escondida. Avanzaron por el pasillo mirando atentamente las paredes y el suelo, por si encontraban alguna otra pista.

-Aquí estamos, avanzando entre las sombras en busca de un tesoro escondido –narró de repente David, que iba en último lugar.- Nos encontramos en los oscuros pasadizos de Sant Pere de Rodes, a la espera de una señal que nos indique que vamos por el buen camino. ¡Nosotros, *El grupo de la Rosa*, encontraremos ese tesoro! –exclamó, haciendo reír a sus compañeros.

-¿*El grupo de la Rosa*? –preguntó Jon.- ¿Por qué ese nombre?

-Pues porque si estamos tras la pista de un tesoro ha sido gracias a la rosa, ¿no?

-A mí me parece bien –dijo Edurne, mirando a Sergio con una sonrisa.- ¿A ti, Sergio?

-A mí también –respondió él, devolviéndole la sonrisa.

-Bueno, parejita, ¿qué tal si seguimos avanzando? –interrumpió Ian, impaciente. Todos rieron al ver la vergüenza de los jóvenes y continuaron con su camino. Un rato después, dos pasillos laterales surgían del central.

-¿Por dónde vamos? –preguntó David, apoyando la cabeza en el hombro de Ian para poder ver la brújula.

-Por el de la izquierda –contestó Ian, con una media sonrisa. Dicho esto, reanudaron la marcha, divididos en tres grupos debido a lo estrecho que era el pasillo. A la cabeza iban Sergio y Edurne, les seguían Jon y Lucía y cerraban la marcha Ian y David, este último grabándolo todo.

-¿Crees de verdad que hay un tesoro escondido? Puede que quien hiciera el grabado no lo hiciera por eso. Además, si fuera cierto, seguro que ya se lo habrían llevado –inquirió Edurne.

Sergio sonrió. Le encantaba la manera de pensar de Edurne. Siempre era ella la que más se emocionaba por todo; sin embargo, y aunque no lo pareciera, de entre los seis era la que más se preocupaba por analizar al detalle cada cosa que hacían, como en esta ocasión. Él era el único que sabía que, debajo de esa capa de despreocupación aparente, Edurne era la persona que más sufría por ellos, la que más se preocupaba.

-Estate tranquila, seguro que algo encontraremos –contestó Sergio, mirándola a los ojos.- No se si habrá un tesoro, pero aunque sólo encontremos el lugar en el que se guardaba, ya será una aventura digna de contar a nuestros hijos –rió, contagiándole su risa a Eburne.

Detrás de ellos, Jon y Lucia no sabían que decir. Jon quería hablar con ella, pero estaba demasiado nervioso. Recordaba la conversación que había tenido con su hermana antes de salir; Eburne le había dejado bien claro que no dañara a su amiga, sin embargo, lo que ella no sabía, era que lo último que quería él era lastimarla.

-¿Qué crees que les pasa a esos dos? –preguntó David, señalando con la cabeza a Jon y a Lucía.

-Jon está enamorado de ella y no sabe cómo declararse –contestó Ian, encogiéndose de hombros. Por suerte, él no tenía ese problema, pensó sonriendo.

David también sonrió. Iba a decir algo cuando chocó contra la espalda de Jon.

-¡Eh, avisad cuando vayáis a parar! –se quejó.

-Ian, tenemos un problema –se oyó la voz de Sergio.

-¡El pasillo acaba aquí! –exclamó Eburne.

-No puede ser –contestó Ian, acercándose hasta ellos.- La brújula señala hacia esta pared –indicó, mirando a su derecha.

-Entonces, ¿aquí se acaba la aventura del *Grupo de la Rosa*? –preguntó David, decepcionado.

-No puede ser –repitió Ian, negando con la cabeza.- Tiene que haber algo más –murmuró, al tiempo que revisaba la pared. Cuando estaba por rendirse él también, Eburne se puso a su lado y le ayudó en su búsqueda.

-¡Aquí hay algo raro! –exclamó al de un rato. Se trataba de un sillar de piedra enorme, en la parte inferior del muro, con un tamaño equivalente al de ocho de los sillarejos normales con los que se había construido el monasterio.- Por aquí cabría una persona, si entrase arrodillada –afirmó.

Haciéndose un hueco, Sergio se agachó junto a ella para examinar el bloque.

-Aquí hay otro grabado –informó.- Pero no es ningún dibujo, hay algo escrito –acercándose un poco más, Sergio averiguó lo que era.- ¡Son letras árabes!

-Entonces déjame a mí, que para algo estoy estudiando árabe –se chuleó Jon, dando un paso al frente.

-¿Pero tú no estudiabas filología francesa? –se extrañó Ian.

-Estudio árabe como segunda lengua –contestó, observando las letras. Sin embargo, por mucho que las reconocía, no tenían ningún sentido.- Hay tres letras –explicó- están *ra*, que equivaldría a una *r*; *sin*, o una *s*; y *alif*, una *a*. Pero no forman ninguna palabra. A no ser... –guardó silencio un momento, tratando de buscar las palabras para expresarse- puede que el que las grabara no supiera árabe y sólo utilizase su alfabeto. Posiblemente fuese un hablante de latín. Si fuera así, la palabra oculta sería...

-¡*Rosa*! –exclamaron todos a la vez, sonrientes por su descubrimiento.

-Pero, ¿eso que quiere decir? –preguntó David.

-Quiere decir que vamos bien, pero no sé qué hay que hacer a continuación -confesó Jon. Se estaba levantando del suelo cuando perdió el equilibrio y, para evitar caer, se apoyó en la piedra. Entonces, algo extraño sucedió. Bajo la presión del cuerpo de Jon, la piedra comenzó a ceder y se deslizó hacia el interior hasta quedar encajada en una cavidad en el suelo.

-¡Un túnel! –chilló Edurne, emocionada. Todos estaban asombrados.- ¡Venga, vamos! ¿A qué esperáis para entrar? –exclamó, adelantándose. Arrodillada, entró en el túnel y comenzó a avanzar con cuidado, sujetando la linterna para poder ver bien el camino. Tras ella entraron sus compañeros.

Un rato después, cuando Edurne creía que sus rodillas no aguantarían más, vio que el túnel llegaba a su fin.

-¡Ya hemos llegado, chicos! –exclamó con júbilo. Oyó que a sus espaldas los demás hablaban emocionados. Finalmente, la salida se abrió ante ella y, al incorporarse, se encontró en una amplia sala rectangular.

-¡Es impresionante! –exclamó Sergio, que había llegado tras ella. Todos estuvieron de acuerdo con sus palabras. La sala, del tamaño de una pequeña sacristía, estaba decorada con innumerables pinturas y bajos relieves en las paredes, todos con representaciones bíblicas. En la cabecera de la habitación pudieron ver un Cristo crucificado y, a sus pies, una Biblia.

-Al parecer estamos en una sala dedicada a la oración –comentó David.

-No sólo eso –corrigió Lucía, señalando uno de los laterales, en el que había un pequeño catre.- Seguro que esto era un refugio.

-Es muy posible –asintió Edurne, revisando las paredes. Las imágenes de las pinturas y relieves la sobrecogían.

-Entonces, ¿es sólo esto? –preguntó Jon.

-A mí me parece más que suficiente –sonrió Sergio, igual de encantado que Edurne –pero si queréis podemos echar un vistazo por si encontramos vuestro tesoro. Yo ya he encontrado el mío –añadió en un susurro.

Animados por la idea de seguir buscando, se dispusieron a revisar hasta el más mínimo detalle de la estancia. Entonces, cuando parecía que no iban a encontrar nada, Edurne exclamó:

-¡He encontrado algo! ¡Aquí hay un cofre! –con cuidado, cogió el pequeño arca de madera que había en una cavidad de una roca, cerca de la imagen de Cristo. Este tenía unos extraños símbolos tallados en él. Tras depositarlo encima del catre, se quedaron observándolo impactados.

-El tesoro –susurró Ian. Por suerte para ellos, el cofre no tenía cerradura y pudieron abrirlo con facilidad. Sin embargo, no fue oro lo que encontraron.

-¡Pergaminos! –exclamó Jon, desilusionado. El cofre estaba lleno de papiros y pergaminos, pero no había ni rastro de un tesoro.

-Lo siento, chicos, esto es todo lo que hay –se disculpó Edurne. Sus amigos se encogieron de hombros y sonrieron.

-No importa, *bicho*. Al menos hemos encontrado algo –le dijo su hermano.- Anda, mira a ver qué dicen esos pergaminos. ¡Espero que al menos sean interesantes!

Al coger el fajo de papeles, vio que uno estaba separado de los demás. Se trataba de una carta y, por el estado del papel, era más reciente que las otras.

-Es una carta –indicó ella, pasándosela a Sergio para que la viera.- Está en latín –advirtió.

Mientras intentaban traducir su contenido, Eburne examinó el resto de los pergaminos. Al desplegar uno, se dio cuenta de que también era una carta; sin embargo, al ver a quien iban dirigidas, le dio un vuelco al corazón.

-No puede ser –susurró.- Catulo... ¡Son cartas! ¡Cartas de Catulo! –reaccionó. Le temblaban las manos. Si de verdad eran cartas escritas por Catulo, ¡se encontraban ante un verdadero tesoro!

Ante la declaración de la joven, todos se abalanzaron sobre ella. Con cuidado, Sergio abrió otra y lo que vio le convenció de que eran, ciertamente, cartas de Catulo.

-Pero... ¿cómo? –murmuró.

-Un momento. ¿Quién es ese tal Catulo? ¿Y cómo sabéis que son tuyas? –preguntó Ian, el único que no había dado latín. En un momento, le explicaron que Catulo fue un famoso poeta latino que dedicaba sus poemas de amor a su amada, Lesbia.

-¿Ves? Las cartas van dirigidas a ella –indicó Sergio.- Pero ¿cómo han llegado hasta aquí? Que yo sepa, Catulo nunca publicó ninguna carta.

-Acuérdate de que Catulo nunca publicó nada que nos llegara intacto, lo que tenemos de él son cosas que se encontraron más tarde. Si están aquí, es normal que nadie encontrara las cartas –razonó Eburne.

-Yo sé cómo han llegado hasta aquí; lo dicen en esta carta –anunció Jon, que había vuelto al estudio del primer documento. Al parecer, la carta la había escrito un sacerdote que vivió alrededor del s.XI. En ella, explicaba cómo, a través de un amigo griego que tenía, las cartas habían ido a parar a sus manos. Decía también que había llegado a ese monasterio junto con otros dos sacerdotes, y que había decidido ocultar las cartas ahí cuando se vieron obligados a huir, con la esperanza de que, quien las encontrara, supiera qué hacer con ellas.

-Entonces, fue él quien dejó las pistas grabadas en las paredes –comentó David.

-Seguramente tenía sangre árabe, y conocía dicho alfabeto, pero no sabía escribirlo. Por eso la inscripción estaba mal escrita –supuso Jon.

-Bueno, ¿y ahora qué hacemos con ellas? –preguntó Lucía. Entre todos, decidieron que se llevarían el cofre al albergue y, una vez allí, tomarían la decisión más acertada.

El viaje de vuelta resultó más ameno que el de ida, pues iban comentando todo lo que les había pasado. No podían creerse que hubieran vivido una aventura así. ¡Habían descubierto un pasadizo secreto y habían encontrado unas cartas inéditas de un famoso poeta que tenían siglos de antigüedad!

Al llegar al albergue, no pudieron esperar para contarles a sus tíos lo que les había sucedido. Éstos les aconsejaron llamar a las autoridades, que ellos ya sabrían lo que hacer. Finalmente, tras hablar con el alcalde del pueblo, quedó decidido que las cartas irían a parar a un museo de Gerona y que, con el tiempo, volverían a Verona. En cuanto a la sala que habían encontrado, se convertiría en un lugar abierto al público tan pronto como restaurasen los pasillos.

-Menuda aventura hemos vivido, ¿verdad? –comentó Edurne, tres días después. Acababan de cenar y los seis estaban paseando por el pueblo.

-Tienes razón –asintió Sergio.

-Nosotros nos vamos a dar una vuelta por ahí, ¿de acuerdo? –informó Jon. Después de salir del monasterio, Jon le había confesado sus sentimientos a Lucía y aprovechaban cualquier oportunidad para estar a solas.

-Anda, largaos –rió Ian, al verlos marchar de la mano.- Nosotros también nos vamos, ¿verdad, David? –preguntó, guiñándole un ojo al joven.

-Claro –sonrió cómplice; y ambos se fueron, dejando a Edurne y Sergio a solas. Al darse cuenta de la trampa que les habían tendido, los dos rieron con nerviosismo.

-Oye, ¿quieres bajar a la playa? –ofreció Sergio, cogiéndola de la mano. Ella asintió. Al llegar, ambos se descalzaron y estuvieron paseando por la orilla, viendo el mar. Entonces, en un impulso, Sergio encaró a la joven y le dio un fugaz beso. Al ver la cara sorprendida de Edurne, el muchacho rió y exclamó: -¡Cógeme si puedes!

Sorprendida, Edurne reaccionó cuando Sergio ya se estaba alejando. Decidida, echó a correr tras él, pensando que, sin duda, estas serían las mejores vacaciones de su vida.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)